

Relato tomado de **La saltadora. Relatos feministas 1991-2014**, de michelle renyé (Mujer Palabra, 2015)

Libro en formato ebook y pdf descargable en mujerpalabra.net – Libros – ebooks

Esta obra se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)
[No se autoriza a ninguna entidad el cobro de ninguna cantidad por el disfrute de esta obra](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

00. Prólogo	09. Buscando trabajo
01. La saltadora	10. En el edificio torcido
02. Bella y la bestia	11. Llegar a la Puerta Azul
03. La historia del chico griego en la playa	12. Diario de una activista estresada
04. He hecho croquetas	13. Carta desde la zona de conflicto
05. Escribo en un cartón	14. Era amor
06. Gata	15. Dos sueños de cuando la saltadora cayó en un pozo
07. Dinero	16. De cuando la saltadora perdió las malditas partículas
08. El misterio de Chihuahua	17. Regenerando la identidad perdida (Ilustración)

07. Dinero

Lo primero que aprendí del dinero es que servía para hacer feliz a la gente, para reunirla y hacer posible momentos de bienestar y alegría compartida. Al tiempo aprendí, como en un mundo paralelo, que había personas insensibles a la felicidad. Sólo percibían las cosas materiales y concentraban sus fuerzas en hacerse con ellas, incapaces de ver a las personas con las que podrían compartirlas, incapaces, así, de disfrutar de la vida. En mi imaginación, mi primer borrador del mundo tenía dos zonas, la de luz, donde habitaban quienes amaban vivir y sabían por tanto qué cosas eran importantes, y la de las sombras, donde como moscas contra un cristal se golpeaba una y otra vez una mayoría ciega y ansiosa, que sólo sabía relacionarse en función de la posesión y acumulación de cosas, a través de ellas. Como niña, contemplaba los dos mundos, participaba en el de la luz con todo mi ser atento y abierto, sensible, e intentaba avisar a mi madre de los peligros siempre inminentes que traían consigo los seres de las sombras, aunque sin éxito. Sin embargo, como niña, sobre todas las cosas lo que prevalecía de manera implacable era que estaba fuera. Era pequeña y el mundo inconcebiblemente grande y complejo. Era un puntito, casi sin cuerpo, sin presencia en el cosmos. Lo sabía además por mi pesadilla infantil recurrente, que me asaltaba cuando la comprensión del mundo se agolpaba en la ola atroz que lo engullía todo: yo, minúscula, al borde del abismo, a punto de ser aplastada por lo gigante, que ni sería consciente en ningún momento de su acción.

De una manera extraña, aleatoria y al tiempo significativa, como el vuelo de una mariposa, de una hoja muerta, o de una bolsa de plástico, aprendí algo que marcaría todas mis elecciones, las conscientes y las inconscientes: que el dinero me generaba rechazo aunque supiera que podía posibilitar el bienestar y la felicidad. Por tanto, cuando me independicé, resolví ubicarlo en su lugar: no amaría el dinero ni lo desearía; no le permitiría jamás fijarme en el espacio, atraparme y someterme; aprendería a vivir sin que mi alegría y mi capacidad de querer o relacionarme con la gente dependiera de tener más dinero que el literalmente necesario para sobrevivir y poder disponer de tiempo para descansar y compartir. Como mi madre, abriría espacios de plenitud de vida, aunque no dependiendo del dinero en la medida en que ella dependió, regalándolo todo porque la gente se ponía tan feliz. Quería resolver el problema del ansia y la mezquindad de los seres de las sombras en torno a quien comparte su dinero, y al tiempo seguir perte-



neciendo a la saga de quienes saben identificar las cosas importantes: saber ver dónde hay potencial de vida y saber qué hacer para construirla —construirla, sí, así de esforzado, porque todo requiere un trabajo colosal, incluso la alegría, esa voluntad robusta, el trabajo de estar viva y actuar en consecuencia.

Rechacé profesiones que me darían posición y dinero, gracias a mi inteligencia clara del mundo de la luz, tan escurridiza para las cadenas, y conseguí un trabajo común que me gustaba con el que podía ganarme la vida, estudiar por las mañanas y no dejar que el dinero fuera un obstáculo para compartir: con mi fajo de billetes en mano a fin de mes, que me permitiría pagar el alquiler y tener para comer, podía regalar cosas, pagar rondas, comprar libros, música, billetes para conciertos, compartir el espacio donde viviera, prestar mi habitación, mi cama, incluso mi cuerpo, todo para que el mundo de la luz pudiera existir, para crear la vida pura, auténtica, de la felicidad en compañía, con aquellas pequeñas cantidades de dinero que se convertían en grandes oportunidades de felicidad compartida.

Supongo que ahora se podrá ir vislumbrando que lo que en la infancia fue síntoma de inteligencia, en la vida de una mujer joven estaba conduciéndome a un camino rocoso y espinoso, aunque no del tipo por el que transitó mi madre, regalándolo todo y luego siendo abandonada, borrada de la memoria de tanta gente... Avanzando en mi camino de independencia, llegó un punto en que necesité más libertad, más no necesitar el dinero, y me precipité, en una absoluta medida de inconsciencia, en la pobreza, como una suicida que se lanza desde una azotea para liberarse de la insoportable pesadez del cuerpo; no como un hombre de la clase media que se lanza a la aventura sabiendo que su familia le está guardando lo que legítimamente es suyo. Me impulsé al mundo como si fuera una persona sin un lugar posible en el mundo.

La pobreza, si la buscas, a diferencia de las armas y el suicidio, es accesible a cualquiera, y fabrica algo tan sólido como la piedra: muerde con rabia si puede. Fui vagabunda, que es traspasar el último umbral, el que se encuentra más allá de la pobreza. La desesperación de la pobreza obrera no la tiene la persona sin un lugar, ese afán por juntar poquitos para estirarlos y, dosificándolos, poder sobrevivir día tras día a lo largo del tiempo. En la desposesión radical de la vagabunda no existe más que el momento, por eso no cabe la esperanza ni cabe el esfuerzo. Una moneda, ese objeto concreto, es un zumo de naranja natural, una botella de vino rojo, y ocupa de pronto el territorio duro de estar siempre expuesta, lo reemplaza, de manera absoluta y total. Puedes dejar de mirar, sonada, los pares de pies que se dirigen a un lugar propio, donde descansar, donde están personas que te esperan. Tomarte el zumo, el pastel de merengue que la gente con casa no se pide porque calculan que no pueden pagarlo, el trago de vino o el litro de vino, es un instante que lo llena todo, porque el tiempo, para una vagabunda, es así de corto, el tiempo en que se está viva y no muerta ni enajenada. El tiempo de sentir el cuerpo, reencontrarte con él, de no sentir dolor sino alivio, incluso placer.

Antes de no tener nada, gracias a tener un poco, había podido pensar y elegir; era yo, alguien consciente de que construía mi vida teniendo en cuenta lo que deseaba ser, sentir, hacer... Sin embargo, al avanzar más allá respecto a rechazar el dinero, me encontré frente a frente con dos realidades tan enormes que el desenlace para las personas atrapadas en ellas suele ser la enajenación perma-

nente o la muerte: la falta de un espacio seguro donde descansar y guarecerme, y el frío. El hambre, extrañamente, no fue nunca un problema de igual magnitud, como si el cuerpo se acostumbrara a no comer y bastara con echar algo al estómago, un cachito así, del tamaño físico del estómago, cada dos o tres días. No teniendo nada, ni siquiera, sin duda alguna, un pequeño espacio donde poder estar en el mundo, no podías pensar, mucho menos elegir, sólo podías sobrevivir momento a momento. Esto no era, con todo, lo más doloroso o peligroso. Había una realidad que se imponía con la calidad de la crueldad, la sordidez de lo desmedido: el papel de las otras personas. Quienes pasaban junto a ti se debatían ferozmente entre no verte, no constatar tu existencia en ningún sentido, invisibilizarte en términos absolutos, y necesitar juzgarte y condenarte a causa del miedo que generaba lo que sentían como su pequeño crimen, la culpa, ese motor de la violencia subsiguiente, que se nutre de sepultar nuestra empatía natural hacia otra persona que se ve en una situación vulnerable o de sufrimiento que incluye el temido sufrimiento físico. Fue en la calle donde aprendí en qué medida reproducimos la cultura hondamente asimilada perpetuando su sistema de violencia al forzar en nuestra mente la distorsión de todo instinto verdaderamente humano.



«¿Y cómo estás ahora aquí?» me pregunta Ana en la clase. Estaba contando una historia y han sabido que está construida con material auténtico, que todo es verdad, como en las historias de siempre, que no son las que cuentan los patriarcas que inventaron la literatura y se obsesionaron con la capacidad del Hombre de insuflar vida en personajes de ficción.

«Cierto, estoy aquí. Es una pregunta impresionante y preciosa.»